

PORTEÑA

Quién pudiera ser Argentina
y poder así notar tus pisadas,
o ser brisa de mar austral
que roza celeste y salobre
la lejanía roja de tus labios.

JUAN NIETO PUNZANO

Cuánto desearía no ir,
no volver dentro de escasas horas,
una vez más, otro día más,
al trabajo.
Y no decir nada, absolutamente nada.
No justificar la anhelada ausencia
en ese lugar que, por suerte,
me da de comer.
Callar. Que me busquen.
Recibir la llamada impertinente de mi jefa
y contestarle la respuesta que se merece:
«No voy, no,
y no porque tenga la gripe
ni tampoco porque me duela la cabeza,
no es la resaca insoportable
ni sus náuseas las que lo impiden
ni ese mareo existencial
que a veces nos provoca la vida.
Hoy no me da la gana de ir a trabajar
y no me apetece lo más mínimo
tener que verte un día más la cara.
Hoy me quedo en la cama,
porque sí,
por los puros y únicos motivos del amor,
por esas altísimas décimas de pasión

que han conseguido dejar a mi cuerpo
feliz, gozosamente cansado,
incapacitado para cualquier otra actividad
que no sea rozar, acariciar o besar
la dulce, fresca y amorosa piel
de esta mujer que duerme conmigo,
de esta mujer que llegó como un milagro
desde el otro lado del Atlántico...»
Todo esto me lo digo a mí mismo
mientras observo en el espejo
la cara de un hombre que delira,
a las tres y media de la madrugada,
con la única compañía
de su cepillo de dientes.